

de san Josemaría Escrivá de Balaguer: "Para tantos momentos de la historia, me parecía una consideración muy acertada aquella que me escribías sobre la lealtad: llevo todo el día en el corazón, en la cabeza y en los labios una jaculatoria: ¡Roma!". Un nombre de ciudad, una oración, un lazo de unión para todos los católicos, para todos los hombres de buena voluntad.

Roma 19-IV-2005

*Con motivo de la elección de
Benedicto XVI*

Es un momento de grandísima alegría para toda la Iglesia. Los católicos de todo el mundo agradecen a Dios este don de un nuevo Papa, Benedicto XVI: al Sucesor de Pedro vuelven a dirigir su mirada de hijos, en él encuentran luz y serenidad. En mi nombre, y seguro de expresar los sentimientos de los hombres y mujeres que componen la Prelatura del Opus Dei, aseguro a Benedicto XVI plena adhesión a su persona y a sus enseñanzas: profunda comunión. El nuevo Papa conoce bien la misión de la Prelatura y sabe que puede contar con el empeño alegre de los sacerdotes y de los laicos que la integran para servir a la Iglesia, que era la única ambición de san Josemaría Escrivá de Balaguer.

Junto a la adhesión, deseo transmitirle también mi profundo afecto filial, que se une a la oración y al cariño de todos los fieles del Opus Dei. En estos días de espera confiada, se ha hablado mucho acerca de la elevada responsabilidad del Romano Pontífice, de la necesidad que la Iglesia tiene

de su ministerio, del peso de la tarea que reposa sobre sus hombros. Todo eso es cierto, pero estamos comprobando también en estas horas que el Papa, además de con la ayuda de Dios, cuenta con la oración y el afecto de todos los católicos y de muchísimas otras personas de buena voluntad.

Las circunstancias que han rodeado el fallecimiento de Juan Pablo II y la elección de Benedicto XVI han sido una manifestación imponente de fe por parte de millones de personas y una impresionante expresión de unidad: en la tristeza primero, por la ausencia del queridísimo Juan Pablo II, y en la alegría después por el don de un nuevo Papa. ¡Que Juan Pablo II proteja a su sucesor en este tiempo de nueva primavera! Pienso, además, es obvio decirlo, en la maravillosa continuidad de la Iglesia, que ha quedado bien de manifiesto con el júbilo del Pueblo de Dios ante la elección del nuevo Sucesor de Pedro.

La Gaceta de los Negocios (Madrid) 7-V-2005

Fe y unidad

La tarde del pasado 19 de abril, cuando la *fumata bianca* anunció que ya había sido elegido el nuevo Papa, la gente —que abarrotaba la plaza de San Pedro— prorrumpió en un incontenible aplauso y consta que otro tanto sucedió en tantísimas otras ciudades y países. Nadie sabía quién era. Las corales manifestaciones de júbilo no eran para esta o aquella persona. Eran ya para el Sucesor de

San Pedro y Vicario de Cristo en la tierra. Se verificó una vez más lo que hace tantos siglos escribiera San Ambrosio: «Ubi Petrus, ibi Ecclesia». Ya desde aquel momento la Iglesia y todos sus hijos estábamos gozosos con el nuevo Romano Pontífice. Poco menos de una hora después conocimos a Benedicto XVI y recibimos su bendición apostólica. Sentimos entonces la emoción de comprobar una vez más que el Sucesor de Pedro está con toda la Iglesia y la Iglesia exulta con su presencia.

Pasadas las horas, se comienza a reflexionar sobre lo que se ha vivido con tanta alegría. La brevedad del Cónclave —apenas 24 horas— ha sido objeto de no pocos comentarios. Dentro de la única madre Iglesia existen legítimas diferencias de lengua, de mentalidades, de experiencias. Pero el Espíritu Santo las hace confluír cuando se busca a quien mejor puede conducir la Iglesia, para afrontar los retos que nuestra época plantea, continuando de forma dinámica y creativa la obra del queridísimo e inolvidable Juan Pablo II.

La última homilía pronunciada antes de su elección a la cátedra de Pedro, y el primer mensaje de Benedicto XVI, la mañana del 20 de abril, permiten trazar una imagen sintética de los desafíos que se deben afrontar y a los que el Papa no dejará de dar respuesta. La fe en Cristo, Señor y Redentor nuestro, es el centro en el que convergen los retos de nuestro tiempo y del que nace también la respuesta adecuada. De esa conciencia procede la petición para que el Señor «nos done un nuevo pastor según su corazón, un pastor que nos guíe al cono-

cimiento de Cristo, a su amor, a la verdadera alegría», petición de la Liturgia que el Cielo ha escuchado.

Llegar «a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo» (*Ef* 4, 13), es la tarea que cada nueva generación cristiana tiene que realizar. En nuestros días son muchas las corrientes ideológicas y las modas intelectuales que zarandean a quien se propone recorrer el camino de la fe. Con la fe abrimos nuestro corazón a la misericordia salvífica de Dios. La misericordia de Dios es una afirmación gozosa, una realidad positiva que a nadie hiere y a todos llena de paz y esperanza. Pero la divina misericordia pone un límite al mal, como decía Juan Pablo II. Y el «padre de la mentira» (*Jn* 8, 44) se siente herido y busca continuamente formas nuevas de resistencia, para apartarnos con sutiles engaños de la fe en el Credo de la Iglesia, haciéndonos pensar que, para estar a la altura de los tiempos que corren, hay que dejarse llevar por cualquier viento de doctrina (*cfr. Ef* 4, 14). Sólo quien leyese superficialmente ciertos rasgos de nuestra cultura y no pocos acontecimientos de nuestra época, podría pensar que se está exagerando.

Afortunadamente esto es sólo una parte, que hace ruido y causa pena, pero sólo una parte. Benedicto XVI nos recuerda un hecho que está a la vista de todos: «los funerales de Juan Pablo II han sido una experiencia verdaderamente extraordinaria, en la que de algún modo se ha visto la potencia de Dios que, a través de la Iglesia, quiere hacer de todos los pueblos una gran familia, mediante la

fuerza unificadora de la Verdad y del Amor». Todos los que aflúan espontáneamente a Roma, también no católicos y no creyentes, afrontando de buen grado esperas e incomodidades, para dar un último y conmovido saludo a quien por casi tres decenios nos guió en el camino de la fe, eran el fruto que la generosa tierra devuelve a quien sobre su suelo trabajó con todas sus fuerzas, entregando a la vista de todos hasta el último respiro. Claro se presenta el ejemplo de la santidad, que nos llama a dar la vida con generosidad para llevar a Cristo a todos los rincones del mundo. «Nos debe animar una santa inquietud —oímos al entonces Cardenal Ratzinger en la homilía del día 18—: la inquietud de llevar a todos el don de la fe, de la amistad con Cristo. En verdad, el amor, la amistad de Dios se nos ha dado para que llegue también a los demás. Hemos recibido la fe para darla a otros», y con la fe hemos de ofrecer también nuestra disponibilidad para cooperar, con una actitud de diálogo abierto, en la construcción de un verdadero desarrollo social, en la justicia, la libertad y la paz.

Benedicto XVI ha trazado las grandes líneas programáticas de su pontificado. La Iglesia debe continuar su camino, durante este tercer milenio, iluminando la vida humana con la luz del Evangelio, que con la ayuda del Espíritu Santo aplicó a nuestro tiempo el Concilio Vaticano II, cuya actuación debe proseguir. Particularmente durante este año, la Eucaristía, corazón de la vida de la Iglesia y fuente de su misión evangelizadora, será el centro permanente del ministerio petrino al que ha sido llamado el nuevo Romano Pontífice.

Con la fuerza de la Eucaristía se ha de buscar, con empeño eficaz y en la única verdad, la plena unidad entre todos los que creen en Cristo, impulsar el diálogo teológico y emprender los pasos concretos que muevan los corazones hacia la unión. Sobre todo es necesaria la conversión interior, presupuesto necesario del verdadero progreso en el camino del ecumenismo. No se ahorrará esfuerzos en la promoción del diálogo entre las culturas y de la paz, para que de la mutua comprensión nazcan las condiciones de un futuro mejor para todos. Benedicto XVI continuará la solícita atención de Juan Pablo II hacia los jóvenes, porque ellos son el futuro y la esperanza de la Iglesia y de la humanidad. Y ante todo el Santo Padre declara que su tarea consiste en hacer resplandecer ante los hombres y mujeres de hoy la luz de Cristo, y con esa conciencia se dirige abiertamente a cada uno, también a los que siguen otras religiones y a los que simplemente buscan una respuesta a los problemas fundamentales de la existencia humana.

Benedicto XVI se dispone a emprender estas tareas confiado en la ayuda de Dios, en nuestras oraciones y en nuestra fidelidad a Cristo. Pone enteramente al servicio de su alta misión los muchos dones que Dios le ha concedido. Su profunda inteligencia teológica y su no menos profunda piedad, la experiencia adquirida en tantos años de servicio a la Iglesia como estrecho colaborador de Juan Pablo II, su certera visión del drama de la secularización y del relativismo, la delicadeza y sensibilidad que bien conocen todos los que le han tratado de cerca —y que tan lejos están del cliché difundido por algún desaprensivo—, su

capacidad de escuchar y de apreciar el parecer de los demás, su amplitud de horizontes, que ha movido a algunos de entre los más importantes intelectuales europeos de nuestro tiempo a querer dialogar públicamente con él.

En estos primeros días de su pontificado más de una vez se ha referido a sí mismo aludiendo a la fragilidad de los instrumentos insuficientes que el Señor se digna emplear. Los hombres se sienten insuficientes cuando Dios se acerca para confiarles una misión. Nosotros, hijos de Dios y de la Iglesia, sabemos que es la hora de la unidad, de la que el Sucesor de Pedro es principio y fundamento visible. Ya desde ahora se merece la afectuosa adhesión y la gratitud de todos por los desvelos en el ejercicio del ministerio universal que ahora comienza. Personalmente repito muchas veces, y así lo aconsejo también a otros, una breve oración que tantas veces escuché de los labios de san Josemaría Escrivá: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*.

La Stampa (Turín) 25-VI-2005

El negocio más importante son los hijos

Desde la antigüedad clásica, se ha dado siempre una especie de dicotomía entre la gran historia y la pequeña historia, entre lo extraordinario y lo cotidiano. Por un lado estaban las grandes gestas —reales o imaginarias— de los reyes y de los héroes; por otra, la tarea habitual, a menudo fatigosa, que llenaba la mayor parte de las horas de la gente normal, con la que debía sustentar a su familia.

También en países cristianos, era habitual pensar en el trabajo como un castigo de Dios. Se recordaba fácilmente que, al expulsar del jardín del Edén a nuestros primeros padres, después del pecado original, Yahveh les había dicho: “Comerás el pan con el sudor de tu frente”; y se olvidaba, en cambio, el mandato divino, cuando el Señor indicó al hombre y a la mujer, hechos a su imagen y semejanza: “Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla...”.

Durante siglos, el trabajo —sobre todo el manual, pero no sólo éste— fue considerado como una realidad carente de dignidad, de la que se libraba quien podía, por su fortuna, por su nacimiento, por su posición social. Hoy, lo que lesiona la dignidad humana no es el trabajo, sino su contrario, el desempleo. En este sentido, el cambio de perspectiva ha tenido un lado positivo. La doctrina social de la Iglesia, comenzando por las enseñanzas de los Pontífices del siglo XIX, no ha sido ajena a esa transformación.

También han influido la vida y los escritos de autores espirituales, que encuentran un interesante punto de intersección con la doctrina social de la Iglesia. Sobre este tema han tratado varios autores del siglo XX, y de modo especialmente significativo San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei. Comentando el mandato divino a Adán de laborar la tierra, afirmaba que el trabajo es algo digno y santo, «un medio necesario que Dios nos confía aquí en la tierra, dilatando nuestros días y haciéndonos partícipes de su poder creador, para que ganemos el sustento y simultáneamente recojamos “frutos para la vida eterna” (Jn 4, 36)» (*Amigos de Dios*, 57).